





# SANGRE DE DRAGÓN

Volumen II



# TIEMPOS OSCUROS



*Ricardo Garrido  
Fernando Bendicho*

Primera edición, abril 2017  
© Ricardo Garrido, 2017  
© Fernando Bendicho, 2017  
© Triskel Ediciones, 2017

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS  
ALL RIGHTS RESERVED  
978-84-946389-8-5



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB  
41009, Sevilla, España  
triskelediciones@triskelediciones.es  
www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.  
Ilustración: José Antonio García Domínguez  
Diseño mapa: Epic Maps  
Foto solapa: David Martín Lanzas

EDITADO EN ESPAÑA  
PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*Para Felipe. Hemos estado buscando Ángeles de la Guarda, sin darnos  
cuenta de que teníamos uno junto a nosotros...*

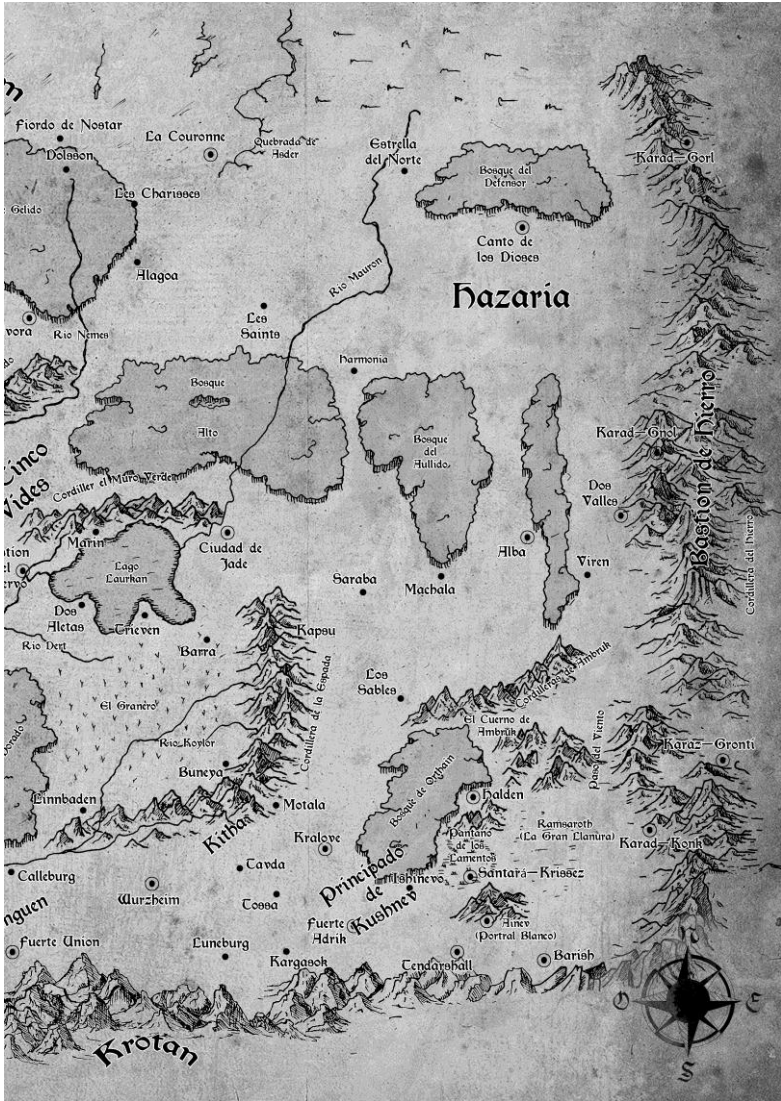
Ricardo G.

*A mi madre, que nos ha apoyado y acompañado desde el comienzo de esta  
aventura.*

Fernando B.









## PRÓLOGO

El viejo sonrió al ver los rostros de sus nietos.

—¡Prometiste que hoy seguirías con la historia, abuelo! —dijo Sarah saltando al lado de Vidar.

—¿Eso dije? —preguntó sonriendo.

—¡Sí! —respondieron los niños, y Einar, hijo mayor de Vidar, se descubrió respondiendo también.

—Muy bien, supongo que lo dije... —Vidar dio una calada a su pipa de hueso—. ¿Por dónde me quedé? —preguntó en voz alta mientras se rascaba la barba del mentón con gesto pensativo.

—Halfdan estaba luchando contra el monstruo... —dijo Edward gesticulando belicosamente con su tigre dientes de sable de madera.

—¡No! —respondió Valeria. Vidar la miró con una sonrisa. La niña, la mayor de los hijos de Einar, había sacado el amor por las historias épicas de su madre, Giniel—. Halfdan y Caitlín habían partido de Canto de los Dioses hacia Portal Blanco, llevando con ellos un fragmento del *Conector de Mundos*. Pero los hombres lagarto les capturaron y se los llevaron a Santará-Krissez. Pero allí planearon escaparse de las garras del malvado Kha'rí. —Valeria hizo un gesto con las manos, simulando garras, hacia sus hermanos pequeños, y los niños se echaron para atrás, divertidos.

»Al otro lado del Mundo, el general Váragos había llegado a Bastión del Cuervo para capturar la ciudad que valientemente defendían el general Brodem y sus guerreros...

—¡Sí!, y la Dama Matel había sido capturada por los magos de la Torre... —dijo Sarah

Vidar soltó una carcajada.

*Tiempos oscuros*

—Bueno, bueno... ¿queréis que continúe con la historia, o no?  
—Todos asintieron—. Bien, pero habéis de saber que, para todos nosotros y para todo el continente de Hybernia, se avecinaban tiempos oscuros...

## CAPÍTULO I

### *Bastión del Cuervo. Hospital de campaña de La Coalición...*

A pesar de los ímprobos esfuerzos que realizaban los sanadores y los clérigos de las diferentes deidades, que todavía se atrevían a trabajar en el hospital de campaña por mantener un ambiente lo más limpio posible, cuando Thomas Lacroix entró en el interior de la enorme tienda las camillas con los heridos resultantes del terrible primer asalto a Bastión del Cuervo se amontonaban por doquier. Le recibió una vaharada de olor a sangre y heridas corrompidas, mezclada con todo tipo de inciensos y el inconfundible hedor a la carne cauterizada.

Lentamente, anduvo entre las filas de heridos y moribundos sin prestarles la mínima atención. Tan sólo acudía allí para meditar. En aquel lugar, Thomas encontraba la paz suficiente para colocar sus pensamientos en orden y, en muchas ocasiones, entrar en comunión con Sarak.

Con los ojos cerrados, fue caminando en silencio permitiendo que la intuición y la fe guiaran sus pasos por el entramado de camillas. A su paso, clérigos, sanitarios y heridos sollozantes se apartaban como si la mismísima muerte se les echara encima. Un corpulento guerrero necrarii, con su terrible yelmo calado, que vigilaba las actividades de los miembros de otros cultos, se apartó del paso del clérigo con presteza, arrodillándose y agachando la cabeza como muestra de respeto y devoción absolutos. Al pasar, aún con los ojos cerrados, acarició el tosco casco del guerrero de Sarak, y continuó su camino.

De repente, algo hizo detenerse al clérigo oscuro. A su derecha, un joven soldado dormitaba, ligeramente febril, sobre un recio y

sucio jergón. Algo en el joven guerrero perturbó sobremanera a Thomas.

Con cautela, Lacroix se le acercó.

El soldado tenía un vendaje que le cubría el torso, aparatoso, pero sin grandes manchas de sangre. Su piel mostraba un buen color, síntoma de que no había hemorragias o infecciones.

Apenas llevaba unos instantes junto a la cama del inconsciente soldado cuando una voz cascada interrumpió sus erráticos pensamientos.

—¿Sois vos, hermano Hassa?

A su izquierda, un soldado que lucía una sobrevesta raída con los colores de El Maansul y cuyo rostro había sido brutalmente mutilado por algún proyectil, se incorporó con suavidad. Un gemido acompañó los lentos movimientos del guerrero. El vendaje que cubría la cabeza se veía empapado de sangre en varios puntos, y por el color cetrino de su piel, Thomas Lacroix supo que pronto moriría.

—No, soldado —respondió con voz tranquila—. Hoy Hassa no ha podido venir.

—Supongo... supongo que habéis venido en su lugar... a comprobar el... el milagro del joven Johnson... —afirmó el soldado con voz pastosa.

—El milagro... —La voz de Lacroix era apenas un susurro cargado de sospecha.

—Es un milagro... —continuó el soldado, apretando los dientes ante las punzadas de dolor—. Cuando... le trajeron... esa herida... esa herida... nadie pensaba que... todo el mundo lo dijo. Incluso... incluso los clérigos de Issna. La herida estaba podrida, apestaba, ¿sabe? Pero el hermano Hassa... el hermano Hassa se hizo cargo de él...no le abandonó...

Los ojos del clérigo de Sarak se entrecerraron y la ira fue creciendo en su interior. Sus labios se apretaban con tal fuerza que apenas si se podían intuir como una fina línea pálida en las sombras de su capucha. Pero el soldado era incapaz de ver nada,

e ignorante de la identidad de su interlocutor, continuó hablando, confiado.

—Ahora todos dicen... que se va a curar. Yo... yo no he podido verle... mis ojos... —añadió, señalando el sucio vendaje manchado de sangre reseca—. Los perdí... los perdí durante el ataque... —El hombre continuó hablando, formando muecas grotescas cuando el dolor punzante de sus heridas le recorría el rostro destrozado. Contó cómo sufrió sus lesiones, qué haría después de la guerra y sus ilusiones para el futuro. Sin embargo, Thomas Lacroix ya no le escuchaba.

Para el clérigo de Sarak estaba claro cual era el origen de su malestar. Su dios había sido robado vilmente. Pero él corregiría los hechos.

Con dedos cuidadosos abrió el vendaje del muchacho dejando al descubierto una larga y profunda herida de terrible aspecto. A pesar de la lesión, el corte presentaba un aspecto limpio y no había duda alguna de que comenzaba a curar. Lacroix apretó la mandíbula. El simple hecho de posar la mirada en aquella profanación hizo que se le secara la boca.

A sus espaldas, el maansuliano continuaba incombustible su perorata. Thomas cerró el vendaje y se giró hacia él.

—Soldado... —le interrumpió bruscamente—. ¿No sabrás donde se encuentra el hermano Hassa, verdad?

Durante unos instantes, el veterano permaneció en silencio. La pregunta le había resultado excesivamente hostil, y al instante tuvo la sensación de haber hablado demasiado.

—No... la verdad es que no... ¿Johnson ha empeorado? —preguntó con la duda y la sospecha asomándole en la voz.

—Eso me temo... —respondió Thomas Lacroix con fingida preocupación, mientras volvía a alzar el vendaje y deslizaba suavemente un dedo a lo largo de la herida. Pocos segundos después, el tejido alrededor de la llaga comenzó a adquirir un tono violáceo, arrugándose en los bordes. La necrosis no tardó en reaparecer como si nunca hubiera habido ningún tipo de tratamiento, y la supuración comenzó casi de forma automática.

El clérigo oscuro devolvió, satisfecho, los vendajes a su lugar y se incorporó.

—Es una lástima... cuando vuelva... dile que el hermano Lacroix ha hecho cuanto estaba en sus manos.

—No me olvidaré... —susurró el veterano con cierto temor.

—Que tengas suerte, soldado.

Thomas salió del hospital de campaña sin mirar atrás. Ahora todo estaba como debía estar.



## CAPÍTULO II

El distante retumbar de los proyectiles de las armas de asedio recibió a Váragos a su llegada a Bastión del Cuervo.

Hizo que un mensajero partiera a galope tendido para comunicárselo a Krieger.

—Swanek... la columna queda bajo su responsabilidad —dijo Váragos al subba necrarii que cabalgaba a escasos metros de él. El tono de voz del general dejaba claro el desagrado que le causaba la idea de volver a delegar el mando en un guerrero de Sarak, sobre todo después de las nefastas noticias que le iban llegando desde el campamento de la Coalición, donde Hans Krieger, en su nombre, había instaurado un pequeño reino del terror, propio de la tenebrosa orden armada—. Limítese a llevar el grueso de las fuerzas hasta el campamento. No se detengan si no es absolutamente necesario —añadió.

—Como ordenéis, mi señor —contestó el guerrero necrarii. Su voz sonaba metálica bajo el yelmo, y Jaden Váragos no supo detectar si en el tono del necrarii había algún rastro de insubordinación.

Las últimas jornadas habían resultado frustrantes hasta límites insospechados para el general maansuliano. La aplastante victoria frente a los refuerzos del rey Dar, que se encaminaban hacia la ciudadela, le había aportado, al menos por un tiempo, seguridad en su posición. Varias decenas de prisioneros, personajes importantes en su gran mayoría, caminaban en retaguardia, fuertemente escoltados. Los recursos incautados habían sido inmensos. El ejército hazariano estaba compuesto únicamente por unidades de caballería, y una vez derrotado, los vencedores recuperaron

cientos de monturas, armas y equipamiento. Además, muchos de los nobles señores capturados aportarían grandes sumas de oro en rescates, que no harían sino engordar las arcas de la Coalición.

Así que, a pesar de ser consciente de los actos que estaba cometiendo Hans Krieger en el campamento, el general Váragos tuvo que adaptar su ritmo de avance a las nuevas circunstancias debido a su recién adquirida carga. No le cabía la menor duda de que, en caso de ausentarse varios días de la columna principal, sus prisioneros *“intentarían fugarse durante la noche y serían masacrados por los necrarii”*. De todo lo incautado a Hazaria en la última batalla, aquellos hombres maltrechos eran la parte del botín en la que más esperanzas había depositado.

Jaden puso a Arcángel al paso. El poderoso destrero negro, contagiado por el nerviosismo de su jinete, cabeceó ansioso mientras luchaba instintivamente con el bocado, y emprendió el trote enérgico dejando atrás a la escolta del hombre que los últimos dos años había mantenido en jaque a las fuerzas de Hazaria. Esta se componía principalmente por una compañía de lanceros de los Diablos Rojos, reforzada por un grupo de silenciosos y siniestros necrarii que, tras las aplastantes victorias conseguidas, el general había aprendido a apreciar. Adicionalmente, Váragos contaba en su escolta con un grupo independiente y variopinto asignado a Eh’Khan Gajs, de tan sólo once miembros. Estos servidores, provistos de diferentes armas y equipos, y con muy distintas habilidades personales, sólo tenían una cosa en común: eran draerill.

Por último, el líder de El Maansul contaba permanentemente con la seguridad que le proporcionaba Archade, su golem. Trotaba de forma ruidosa en la caravana, haciendo que el suelo temblara y emitiendo gruñidos furiosos e intensos destellos de sus ojos del color de la lava volcánica. Aunque era incapaz de mantener el ritmo de las monturas cuando estas se ponían al galope, nunca pararía hasta retornar junto a su amo.

La guardia de Eh'Khan fue la primera en reaccionar y, pocos segundos después del repentino arranque de su líder, el resto de la escolta cabalgaba a su lado.

La entrada del invicto general maansuliano en el campamento de la Coalición fue recibida entre vítores de emoción por los soldados allí destacados. Las tropas profesaban verdadera veneración por un líder tan capaz, y su retorno implicaba además que, a partir de ese momento, quedaban libres del yugo de Hans Krieger y del sanguinario culto a Sarak.

A pesar de la distancia que le separaba, Jaden Váragos pudo ver con claridad el medio centenar de cruces que se alzaban, siniestras, sobre la colina que coronaba el campamento, esperando de manera brutal y paciente ser alimentadas con la carne de los cautivos y traidores. El kader necrarii estaba listo para comenzar con las ejecuciones aquella misma mañana y, una vez más, Jaden se arrepintió de haberle enviado como mensajero.

El general llevó a Arcángel hasta la entrada de la tienda de Marcus. El comandante salió de la tienda alertado por el griterío que se levantó en el campamento y estuvo a punto de darse de bruces con la quijada del enorme caballo de guerra de Váragos. Jaden descendió de la grupa de un ágil salto, ignorando por completo el peso de su armadura. La expresión del comandante pasó en un instante de incredulidad a felicidad, pero su espíritu militar le recordó que antes que su amigo, Jaden era su general. Se cuadró de inmediato, aunque antes de que pudiera hablar, Váragos le estrechó en un fuerte abrazo.

—¡Me alegro de verte, amigo mío! —le dijo con una amplia sonrisa.

Marcus le devolvió el abrazo, palmeándole la espalda. Luego, los dos soldados se separaron y se agarraron los antebrazos fuertemente.

—¡Yo también, yo también... maldita sea... yo también! —respondió Marcus—. ¿Por qué has tardado tanto?, esto se ha con-

vertido en un auténtico infierno, ¡maldita sea, Jaden! ¿Cómo se te ocurrió poner al mando a ese perro de Krieger?

—¿Tan terrible ha sido? —preguntó el general con tono sombrío.

—¿Terrible... terrible dices?, ese bastardo ha crucificado a los clérigos de Issna, tiene arrestados a la mitad de los oficiales, nos lanzó a un asalto suicida contra la barbacana... ¿Cómo se te ocurrió darle semejante libertad a ese asesino?

—No tuve elección, Marcus. Tras las noticias del desastre por culpa de Iffnan, no pude hacer otra cosa. Dar había mandado un ejército de refuerzo para romper el cerco a la ciudad. Los interceptamos en Los Colmillos. He traído armas, monturas y equipo. Y cientos de prisioneros. Bastión del Cuervo no recibirá ayuda del exterior. Ven, pasemos dentro, quiero que me detalles todo lo que ha sucedido en mi ausencia —dijo Váragos.

—¿Y Krieger, no vas a ir a verle? —preguntó el comandante.

—Sí. Pero primero quiero tener información real de cómo están las cosas. Ya sabe que estoy aquí. Swanek, el subba al mando de las fuerzas necrarii que me acompañaban, se habrá encargado de informarle. No te preocupes. —Jaden sonrió a su amigo.

Ya en el interior de la tienda, Váragos narró los acontecimientos de las últimas semanas: el infierno en que Bassa había convertido Irgón, las noticias de Eh'Khan, su decisión de enviar a Hans Krieger en contra de su voluntad para poner orden en el campamento y, por supuesto, la batalla contra el ejército hazariano, además de sus planes para doblegar Bastión del Cuervo y el destino que tenía pensado para los prisioneros que traía consigo. Marcus, por su parte, puso al día al general de los hechos acaecidos desde su partida.

—Para ser justo he de decir que, militarmente hablando, su actuación sí ha sido ejemplar. Las minas están casi terminadas, y el asalto a la barbacana, a pesar de ser un castigo, fue una decisión acertada. El bloqueo del río y los destacamentos preparados para actuar desde la barbacana... —terminó Marcus

alzando los brazos indicando que estaba de acuerdo, al menos en ese parecer, con el tenebroso guerrero de Sarak.

—Bien. Debo ir a verle. A pesar de que no tengo por qué informarle de nada, no deja de estar en comunicación constante con Bassa y es el comandante en jefe de las fuerzas necrarii.

—No va a gustarle nada tu decisión con respecto a los prisioneros —afirmó Marcus.

—Me da igual que le guste o no. Jaden Váragos está al mando de las fuerzas de la Coalición, no Hans Krieger. Como te he dicho antes, voy a informarle porque no quiero más problemas con Bassa, pero la decisión está tomada. Avisa a Eh’Khan y reuniones conmigo en la tienda del necrarii.

—Esto no va a terminar bien... —se lamentó Marcus, abatido.

Jaden sonrió a su amigo mientras le palmeaba la espalda y el comandante sintió cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal. Para su pesar, el general disfrutaba con la situación. Váragos odiaba a los necrarii profundamente. Si los utilizaba era sólo porque se veía en la necesidad de hacerlo, porque un fin desesperado exigía decisiones desesperadas.

«*El fin justifica los medios*», pensó Marcus mientras seguía a Jaden fuera del pabellón, aunque en el caso de los necrarii, y más concretamente de su jefe, Hans Krieger, el comandante no estaba seguro de que la frase fuera acertada.

Los dos necrarii, apostados en la entrada de la austera tienda de Hans Krieger, saludaron marcialmente al general Váragos cuando este se acercó a la entrada seguido de cerca por Marcus Aquila. El comandante había informado a Eh’Khan, pero este necesitaba tiempo para prepararse y argumentó que acudiría a la cita en breve. Los tenebrosos guerreros de Sarak no le impidieron el paso, situación que, a ojos de Jaden, indicaba que Swanek había hecho lo propio a su llegada.

La diferencia de claridad del interior del pabellón con respecto al exterior no afectó lo más mínimo al general maansuliano, cosa que sí le sucedió a Aquila.

Justo enfrente, tras una recia pero sencilla mesa de madera, Hans Krieger se levantó cuando los dos hombres entraron. El kader vestía la típica armadura necrarii moldeada de manera grotesca. Sus fríos ojos azules se clavaron en Váragos para posarse después en Marcus. Flanqueado por Milos Berg y por Darek Swanek, el alto oficial de la tenebrosa orden parecía revestido de una autoridad celestial. Era la viva imagen de la dureza. El rostro tatuado expresaba sacrificio y entrega fanática hacia su oscura deidad y los preceptos de la orden. Esas eran sin duda las claves del éxito necrarii, se comportaban como hormigas soldado. Nadie poseía nada propio dentro del culto, la totalidad de las posesiones y riquezas pertenecía a la orden como un ente único, gobernado y dirigido por el Sumo Sacerdote, y por supuesto por Sarak.

—Bienvenido a Bastión del Cuervo, general —dijo Krieger con una marcial inclinación de cabeza—. Comandante Aquila.

—Kader Krieger... —saludó Jaden a la vez que Marcus respondía al saludo del oficial necrarii con un seco golpe sobre su pecho. Milos y Swanek ni siquiera saludaron.

—En primer lugar debo felicitaros por la victoria en Los Colmillos. Aunque sin duda, la brillante actuación del subba Swanek y los guerreros necrarii fueron los que posibilitaron tal hazaña. —Krieger sonrió mientras arqueaba las cejas malévolamente.

«*No pierdes el tiempo en recordármelo, ¿verdad, bastardo? Muy bien, si quieres jugar, jugaremos*», pensó Jaden.

—He de reconocer que la actuación de los guerreros necrarii fue decisiva en la batalla —respondió Váragos.

—Me alegra oírlo decir —inquirió Hans Krieger sin dejar de sonreír en ningún momento.

Jaden abrió los brazos con aquiescencia.

—Lo que es justo, es justo. A cada cual lo que le corresponde —dijo el general.

«*Mi turno*», pensó.

—Bien, kader Krieger. Espero un informe detallado del desarrollo de los preparativos para el asalto mañana por la mañana —ordenó el general. Una vez en el campamento, Jaden no tuvo que expresar que él estaba de nuevo al mando.

—Lo tendrá, general —dijo Krieger.

El necrarii hizo amago de sentarse, en la creencia de que el general se marchaba, cuando Váragos habló de nuevo.

—Bien. Quiero que ponga a disposición de La Guardia Carmesí a los prisioneros hazarianos. Tengo intención de liberarlos en cuanto las minas estén terminadas —dijo Jaden con un tono que restaba importancia al asunto.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó el kader deteniéndose justo antes de que su trasero tocara el asiento de la silla de madera.

—Tengo trescientos guerreros de la Guardia Carmesí preparados para ocuparse de los prisioneros. Desde este momento, mi guardia personal se hace cargo de su custodia.

—General, esa basura hazariana fue capturada por un contingente necrarii, al mando de un subba necrarii, y por tanto es la Orden Necrarii la que debe hacerse cargo de ellos —dijo Krieger con una fría calma que distaba mucho de sentir.

—Kader Krieger, yo estoy al mando de este ejército. Los prisioneros quedan bajo mi tutela personal. Mi intención es que Stephan Bródem rinda la fortaleza sin que se derrame más sangre, y para ello, como gesto de buena voluntad por nuestra parte, voy a liberar a los prisioneros. De hecho, Sergey Porgachek, uno de los generales capturados, será entregado a Bastión del Cuervo en cuarenta y ocho horas. Y el resto, tal y como le he indicado antes, lo hará en cuanto las minas estén terminadas. Si el general Bródem accede a nuestra petición de rendición evitaremos más muertes, si no lo hace, estaremos en disposición de tomar la ciudadela al asalto.

Hans Krieger estalló. Sus gélidos ojos azules ardieron de furia y los músculos tatuados de su rostro parecía que iban a quebrarse por la tensión.

—¡No puedes hacer eso! —gritó el oficial perdiendo todo respeto por su superior—. ¡Esa escoria pertenece a Sarak, sus miserables vidas son tuyas, fueron sus guerreros los que...!

—Ya está hecho, kader. La Guardia Carmesí se hace cargo de los prisioneros por orden expresa mía.

—¡Pertenece a Sarak! —dijo Krieger mientras salía de detrás del recio escritorio. El rostro tatuado del kader era el de un demonio. Marcus se adelantó y se colocó al lado de Jaden, con la mano en el pomo de la espada, preparado para desenvainar si era necesario. No le gustaba nada el cariz que estaba tomando la situación y se temía lo peor. Por su parte, Milos y Swanek hicieron lo propio detrás de Hans Krieger. Marcus extrajo su acero unos centímetros y rápidamente comenzó a establecer un plan de ataque. Decidió que abatiría primero a Milos Berg, y esperaba que para entonces, Jaden hubiera acabado con Krieger. Sin duda los dos necrarii apostados en la puerta se unirían a la lucha en cuanto se escuchara el primer entrecocar de espadas...

«¿Dónde estás, Eh'Khan, maldita sea?», pensó el comandante.

Milos se desabrochó la cincha de la vaina de su espada curva. Marcus tragó, pero no le quedaba saliva. Aquella era una batalla que no podían ganar. Krieger se detuvo en seco, consciente, al parecer por primera vez, de la tensión generada a su alrededor. Jaden se mantenía impertérrito, dejando claro que no temía al kader necrarii ni a ninguno de sus secuaces. Marcus mantenía la vigilancia de Milos y de Swanek, que había rodeado la mesa por el lado contrario al del gigantesco ubb necrar, paseando la vista de uno a otro, y atento a su vez a la espalda y al roce que indicaría que los dos guardias de la puerta habían entrado para unirse a la lucha. Milos sonrió grotescamente a Marcus, para después mirar a Swanek, quien le devolvió la sonrisa. El comandante sudaba profusamente. Él era un guerrero consumado, pero lo mismo decían de aquellos dos engendros y estaba seguro de que no



podría abatirlos a ambos. Krieger por su parte era una auténtica leyenda. Nunca nadie lo había derrotado en combate. Con sus dos hojas gemelas, acanaladas, y tan diferentes de la espada tradicional necrarii, el kader se presentaba como un enemigo temible.

Hans Krieger se situó frente a Váragos. El general maansuliano era al menos veinte centímetros más alto que el kader, pero no había diferencia de poder entre ellos. Krieger sabía que podía ganar fácilmente. Cinco necrarii contra dos maansulianos. Váragos había lanzado un desafío al kader y había perdido. La batalla iba a ser una derrota para Jaden y para él, de modo que tomó aire y se dispuso a morir.

—Caballeros, caballeros... esto no será necesario. El general Váragos está al mando, y no seré yo quien contravenga sus ordenes —dijo entonces Krieger relajando su postura visiblemente.

Durante unos segundos, mantuvo la mirada al general maansuliano. El odio entre ambos era tan claro que Marcus temió que, a pesar de la declaración del kader, sus hombres se abalanzaran sobre ellos.

—¿Algo más, general? —preguntó Hans con una sonrisa maliciosa. Sus tatuajes rituales eran verdaderamente pavorosos.

—Sí... —respondió Váragos devolviéndole la sonrisa con la misma expresión de malevolencia—. Desmonta las cruces de la colina.

Stephan Bródem levantó la vista de los papeles en los que estaba inmerso. Su rostro, cansado, mostraba sorpresa ante la revelación que acababa de recibir.

—¿Cómo dices? —preguntó al hombre que estaba frente a él.

—Lo que estáis escuchando, general, la maestra Matel ha sido obligada, por orden del Consejo de la Torre, a dejar el cargo de Guardiania y está retenida en su interior acusada de traición a los preceptos de la Orden —le repitió Néstor Prost.

Stephan se levantó de su asiento mientras se pasaba la mano por el rostro y oprimía las cuencas oculares con los dedos. Las ojeras y la barba descuidada indicaban la presión a la que se encontraba sometido y los estragos que las preocupaciones y la falta de descanso causaban en su cuerpo. Caminó alrededor de la estancia, en silencio, pensando o tratando de buscar una solución.

—¿Cómo ha podido suceder eso?, Idith nunca ha faltado a sus deberes como Guardiana, su conducta es intachable... debe... debe de haber un error... —argumentó, deteniéndose para mirar al mago con gesto grave.

—Me temo que no, general. La maestra Matel utilizó parte de la energía pura del Corazón de la Torre para hacer frente al demonio convocado por los hechiceros de la Coalición. Ella misma lo reconoció delante del Consejo —respondió Néstor.

Stephan suspiró y volvió a cubrirse el rostro con las manos.

—Por si no tuviéramos ya suficientes problemas... ahora esto... —Levantó la cabeza al techo de la habitación, como si la archimaga pudiera escucharle—. Siempre has sido tan temperamental, Idith... y... ¿ella conocía los riesgos de sus propias acciones? —preguntó mirando de nuevo al mago hazariano.

Néstor asintió.

—...Y aun así decidiste sacrificar te por tu pueblo... —Stephan bajó la cabeza, permaneciendo en silencio unos largos y tensos segundos—. No estoy muy familiarizado con los preceptos de la Torre, maestro Prost. ¿Qué podemos esperar de ese elfo y su atajo de cobardes?

—El cargo de Guardiana ha pasado a manos de Eámanë Súrion, aunque en mi opinión quien verdaderamente mueve los hilos es el maestro Vardamir. A pesar de la gravedad de los actos de la maestra Matel no creo que Ingwë Vardamir vaya a matarla. De haber querido ajusticiarla lo habría hecho ya. Debe de tener otros planes, no olvidemos que la maestra Matel ha sido Guardiana de la Torre y miembro del Consejo durante años, y es una archimaga muy poderosa... no, no creo que su vida corra peligro.

Stephan asintió, aliviado por las palabras del anciano hechicero.

—¿Y nosotros? ¿En qué posición nos deja a nosotros el arresto de Idith? —preguntó el general.

—No debéis preocuparos, general, en ausencia de la maestra Matel, yo asumiré el mando de los magos de batalla. La maestra Matel obtuvo una doble victoria, pues no sólo consiguió derrotar al demonio sino que tras su arresto todos los magos hazarianos pertenecientes al Consejo así como varios extranjeros afines a nuestra causa dejaron la Torre para unir sus fuerzas a la lucha. Contamos con una potencia mágica nada desdeñable, general, cuando ese perro maansuliano ataque le haremos pagar cara su osadía —respondió Néstor.

—Gracias, Néstor —dijo Stephan mientras agarraba la mano del mago en un fuerte apretón—. Gracias por todo...

—Es un honor para mí servir a mi rey y a mi país, general. Con vuestro permiso debo retirarme, quiero comprobar de primera mano cómo marchan nuestros magos de batalla... pero antes, ¿necesitáis algo más?

El general Bródem miró al maestro Prost durante unos segundos, pensativo. Al final se decidió.

—Hay una cosa que me intriga, Néstor... si la Torre está cerrada... esa... pantalla mágica... ¿impide a los que están en su interior ver el desenlace de la batalla?

—No, general —respondió el mago.

—¿Podrías entonces comunicarnos con el maestro Vardamir y hacerle llegar un mensaje mío? —preguntó Stephan.

—General, no creo que sea buena...

—¿Una buena idea? —preguntó Stephan, terminando la frase del mago—. Una archimaga de Hazaria está retenida en la Torre como si fuera una vulgar ratera. Quiero hablar con ese elfo, Néstor.

—General...

—No hay más que hablar, maestro Prost. Ven mañana. Pronto. Iremos juntos a esa maldita Torre —ordenó Bródem de manera tajante.

El maestro Prost permaneció unos segundos en silencio y después, lentamente, asintió.

—Como ordenéis, general. Haré lo que pueda.

En cuanto los primeros rayos de sol despuntaron en el horizonte, Stephan Bródem y Néstor Prost salieron de la torre del homenaje en dirección a la Torre de La Luz. El general hazariano se había puesto la armadura completa y llevaba ceñida al cinto su magnífica espada larga, como si fuera a enfrentarse al mismísimo Jaden Váragos. Néstor caminaba tras él intentando, sin mucho éxito, seguir los enérgicos pasos del curtido soldado.

Anduvieron a lo largo de la calle del Grifo Rojo, que conectaba directamente con la avenida principal de la ciudadela, la Avenida de La Luz, nombre dado en honor a la torre de magia hacia donde los dos hombres se encaminaban. A pesar de lo temprano de la hora, Bastión del Cuervo bullía de actividad. Por doquier se veían soldados corriendo hacia sus puestos en las murallas y el parapeto defensivo de madera, carruajes con avituallamiento, mozos cargando pesados barriles llenos de agua por si se declaraba un incendio... y así un sinfín de personas y animales que se disponían a resistir el asedio y repeler al invasor.

Tras varios minutos de acelerada caminata, Stephan y un congestionado Néstor Prost atravesaron el arco de entrada a los espléndidos y vistosos jardines que rodeaban la escuela de magos.

La colosal estructura, la más alta de la ciudad, se alzaba ante ellos como una montaña misteriosa, como el baluarte de un dios que mirara desde las alturas el devenir de los hombres. Un pináculo central, con unas torres secundarias repartidas a su alrededor y unidas por pasillos de piedra que le daban la apariencia de una enorme araña que acechaba a su presa asentada en su tela.

«*Tal vez seamos nosotros esa presa*», pensó Stephan.

Los dos hombres cruzaron una multitud de pasillos, adornados con flores y arcos de forja entre los cuales crecían frondosas

enredaderas. Había bancos dorados y fuentes de piedra decoradas con hermosos motivos faéricos, hadas y duendes saltarines que sujetaban jarrones de los cuales brotaba agua fresca y clara.

Stephan escupió ante tanta opulencia. Su pueblo hacía días que racionaba la comida y el agua y las mujeres se preparaban para ver morir a sus maridos e hijos. Era curioso pensar en cómo no se le daba importancia a estas cuestiones cuando las personas disfrutaban de tiempos de bonanza y cómo ese mismo derroche resultaba obsceno en tiempo de privaciones y conflictos.

Tras varios giros y vueltas por el laberíntico jardín llegaron a la base de la Torre de La Luz. No se veía puerta alguna en la piedra blanca.

—General... —comenzó a decir el mago, pero Bródem parecía no escucharle. Se acercó al edificio y pasando la mano lentamente sobre la superficie, examinó con detenimiento la piedra. Era lisa, ni una sola rugosidad alteraba el suave tacto pétreo de la Torre.

—¿Qué sucede?, no hay manera de entrar... —dijo volviéndose con enfado para mirar a Néstor.

—No puede accederse a la Torre de La Luz por una puerta física. La base posee una abertura extradimensional, visible para toda aquella criatura que esté autorizada a entrar. Vos no podéis verla porque no tenéis permiso para acceder. Ni yo tampoco. Cuando nos marchamos de la Torre lo hicimos con todas las consecuencias. No nos dejarán entrar.

Stephan miró hacia arriba. Vista desde la base, la Torre se perdía en el cielo, infinita y colosal. Las torres adyacentes con sus pasillos de piedra la convertían en un monstruo gigantesco, y el general sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—¿Pueden vernos? —preguntó sin mirar al hechicero.

—Por supuesto, general —respondió—, y escucharnos.

—¡Ingwë Vardamir! —gritó el hazariano—. ¡Sé que podéis oírme!

La Torre permaneció en silencio. Nada ni nadie se materializó ante el general.

—¡Quiero que la sueltes!, ¿me oyes, maldito bastardo? —Stephan desenvainó su acero mientras miraba con furia hacia la Torre—. ¡Quiero que la sueltes!

Nada.

Stephan levantó la espada con la intención de golpear la piedra de la Torre, pero el grito de Néstor Prost lo detuvo.

—¡General! —dijo—, general... eso no servirá de nada.

El mago se acercó y agarró el brazo de Bródem. Stephan volvió a mirar con rabia y furia contenidas hacia el cielo. Se soltó bruscamente del brazo de Néstor y girando sobre sus pasos salió de los jardines. El mago lo miró y alzó sus propios ojos hacia la Torre para contemplar cómo la gigantesca araña de piedra se recortaba contra el azul claro del cielo vespertino. Después, apesadumbrado, sacudió la cabeza en un último gesto de decaimiento y salió en pos del general hazariano.

